

# HUYENDO DE LOS DRAGONES

Finalista

## Remedios Solano Rodríguez

Nació en 1969 en el pueblo gaditano de Olvera. En 1987 comenzó en Madrid la licenciatura de ciencias de la información (periodismo), estudios que concluyó en 1992, para iniciar entonces una tesis doctoral que llevaría por título *La influencia de la Guerra de la Independencia en Prusia a través de la prensa y la propaganda (1808-1814)* y que concluiría en 1998. Con ayuda de una beca doctoral de la Universidad Complutense recorrió en busca de fuentes bibliotecas y archivos de media Europa: París, Viena, Berlín, Freiburg, Würzburg...

Su primera novela, *La memoria arrugada* la escribió en 1997. Después seguirían dos colecciones de relatos: *Dragones y Ausencias*. El cuento presentado a este concurso pertenece a la primera colección. Tomó contacto con Dörnberg y el duque de Braunschweig-Ols, dos personajes descontentos con la dominación francesa sobre lo que era Alemania en el siglo XIX, gracias a la tesis doctoral. De la segunda colección de relatos merece destacarse *Fantasmas* que recibió en 2004 el premio de la Asociación Vivir (Cuenca, España). En 2005, Remedios Solano logró terminar su segunda novela, *Viento por los caminos*, y en 2007, *La casa de la Sonnenglück*. Actualmente ejerce como profesora de lengua en la escuela universitaria WHU (Vallendar, Alemania).

*A "El Cacho"*

La herida está en el brazo, pero son las piernas las que no obedecen. Stephan divisa a pocos metros unos espesos matorrales e intenta, en vano, avanzar

hasta allí. Los dragones se acercan, ya puede oírse el ruido que hacen sus caballerías en el bosque. Los matorrales, tan próximos a él que casi podría tocarlos alargando la mano, le invitan a ocultarse entre ellos. Stephan reúne todas sus fuerzas mientras se aproximan cada vez más las voces de los dragones, que, sabiéndole en los alrededores, han desmontado e iniciado la búsqueda a pie. Desesperado, se golpea las piernas con el brazo sano, primero, y después, en vista de que siguen ahí, inertes, pegadas a la tierra del bosque, entregadas a una muerte de la que él quiere escapar, también con el herido, hasta que la sangre le brota de los muslos y le mancha los pantalones llenándolos del color rojo de las frambuesas. Se da cuenta entonces de que los matorrales que podrían haberle salvado son frambuesos. Un dragón le ha descubierto, dando de inmediato el aviso a sus compañeros. Stephan los ve tomar posiciones en torno a él, cargar sus armas, arrodillarse en el suelo... Se cubre la cabeza con las manos y desea que todo acabe pronto.

En los ojos del médico hay una preocupación sincera por aquel joven de mal aspecto. Se esfuerza por mantenerle quieto en el catre, de manera que las convulsiones de la pesadilla no le empeoren la herida.

—¡Despierte, despierte! —le invita con voz suave, la misma que emplea con sus mejores pacientes—. Es la fiebre.

Stephan abre los ojos. Ignora dónde está y quién es aquel hombre amable que enjuaga algo en una pequeña palangana a su lado. Vuelve a sentir, con un inmenso alivio, las piernas. Podría dar un salto y marcharse corriendo en un santiamén.

—Déjeme que le ponga una compresa en la frente. Eso le aliviará.

Stephan olvida sus propósitos de huir, hipnotizado por la calma que emana de la voz del médico. Poco a poco, las tinieblas retroceden de su memoria, y los recuerdos de los últimos días van ganando espacio. Un golpe del océano estremece el barco. Cuando se durmió y le sorprendió la pesadilla, la tormenta ya había comenzado, anunciada mucho antes por un calor insoportable, excesivo para el verano del norte, teniendo en cuenta sobre todo que la primavera recién acabada había sido más fría de lo habitual. Un viejo marinero, que iba a Inglaterra para reunirse allí con su hija y la familia de ésta, le tranquilizó, asegurándole que

los temporales en esa zona no son temibles si se mantiene una prudente distancia de la costa, como era el caso. Viendo que el muchacho dirigía oscuras miradas a los rincones cada vez que la madera del buque crujía por los envites del mar, le ofreció un trago de aguardiente:

—Beba. Así se dormirá —le dijo el anciano poniendo a su alcance una manoseada botella.

Si hubiera sabido que así entregaba a Stephan al grupo de dragones que iban en su busca, que le buscarían ya durante toda la vida, el viejo marinero habría sido más cauto.

—¿Es la primera vez que se sube en un barco? —le pregunta el médico mientras le pone una nueva compresa en la frente ardiendo.

—Sí —responde Stephan con un hilo de voz.

Tiene los labios resecos y no puede evitar posar la vista en una tinaja, a unos metros de su catre, adivinando su tentador contenido. El médico intuye que tiene sed. Se levanta y coge un poco de agua.

—Me llamo Moritz Jahn —se presenta mientras le ofrece un cuenco con agua al enfermo, que bebe con fruición hasta la última gota—. ¿Va a enrolarse en la legión del duque de Braunschweig-Ols? —le inquiriere recogiendo el cuenco vacío. Sin esperar respuesta del enfermo, exhausto por la fiebre y el dolor del brazo, agrega—: Tendrá que esperar un poco cuando llegue a Inglaterra. Su herida no tiene buena pinta.

—Mi tío vive allí. No hay prisa.

—¿No nos contagiará algo este mozallete, verdad? —interrumpe un hombre fornido sentado en el suelo soltando una risotada nerviosa.

—Cállate —tercia otro no lejos de él—. Sólo está herido en el brazo. Y deja de reírte así, que tus carcajadas le producen pesadillas. Parecen los rugidos de una bestia.

—Me reiré todo lo que... —no concluye la frase. Una embestida del océano le hace callar.

También para él es su primer viaje en barco, al igual que para la mayoría de los hombres que van en la nave. El viejo marinero, Wolfgang Crammer, pide calma a todos y les recomienda que se duerman. Conoce demasiado bien el efecto de un prolongado encierro en el ánimo de algunos hombres como para no temer que

en cualquier momento estalle entre ellos una riña que podría saldarse con sangre. Este viaje se alarga más de lo debido por culpa de la tempestad, que ha obligado al buque a desviarse de su ruta, ya de por sí difícil por estar infectada de navíos daneses que podrían abordar la nave e impedirle que alcance las prometedoras costas del Reino Unido.

Los compañeros que le han tocado a Wolfgang Crammer en esta travesía le parecen especialmente violentos. O quizás los convierta en animales agresivos el miedo a los daneses o a las olas. Son antiguos soldados, deseosos de regresar al combate. Todos marchan a Gran Bretaña a enrolarse ahí en la legión que el duque de Braunschweig-Ols, desposeído por Napoleón de sus tierras, está formando para luchar contra los franceses en España y Portugal. El duque se ha visto obligado a guarecerse en el extranjero después de que fracasara su levantamiento en mayo de ese año. Tuvo que embarcarse en una nave inglesa para huir de Alemania y ya lleva un tiempo en el Reino Unido organizando el grupo de voluntarios que se marchará con él a la Península.

Moritz Jahn está más preocupado por la salud del herido que por el carácter tormentoso de sus compañeros de viaje. El brazo tiene mal aspecto, aunque cree que todavía será posible salvarlo si arriban pronto a Puerto y adquiere los ingredientes para un ungüento que hace milagros con lesiones semejantes.

—Le voy a lavar el brazo —le dice a Stephan, a punto de caer de nuevo en un pesado sopor.

Stephan siente cómo le quita el vendaje y le frota su piel con una toallita impregnada en un líquido de olor agradable, manzanilla quizás. Al principio no le dolía. Cuando se deslizaba campo traviesa, furtivo, no le dolía ni el brazo ni el cuello. No sentía su propio cuerpo, como si hubiera perdido la conexión con él, como si no fuera aquel pedazo de carne despavorida lo que quisiera salvar. Se notaba extrañamente fuerte en mitad de la noche. Sus cinco sentidos estaban en máxima alerta, lo cual le permitía percatarse de los rumores insignificantes. Una ardilla trepando por un árbol, un cacareo lejano de gallinas o un animal escarbando en algún sitio. Stephan se adentraba cada vez más en el entramado de árboles, abandonando los caminos principales y buscando el abrigo de los troncos y los matorrales.

En una parte densa del bosque quiso hacer un descanso para tomarse un respiro. Fue entonces cuando se dio cuenta de que le habían herido en el brazo y de que, encima, manaba sangre en abundancia de él. No entendía una palabra de medicina ni jamás se había visto en un trance similar. El instinto le dijo que había de taponarse ese agujero como fuera. A sus oídos llegó el sonido inconfundible del agua. Avanzó unos metros en dirección al ruido y pronto encontró un pequeño arroyo por el que fluía agua cristalina, o eso le pareció a Stephan bajo la pobre luz que daba la luna aquella noche. Se quitó la casaca y se subió la manga de la camisa para dejar libre la herida. Era grande, la herida más grande que había visto en su vida, de tamaño mayor incluso que la que se provocó de modo accidental un vecino suyo durante una cacería. Siguiendo los consejos de su sentido común, que esa noche funcionaba con una precisión sorprendente, rompió la camisa para convertirla en vendas. Después de lavarse el brazo, se ayudó de unas ramitas delgadas y en un santiamén tuvo hecho un torniquete que, si bien primitivo, resultó de gran efectividad, pues sirvió para contener la hemorragia. La herida del cuello, de la que por suerte había brotado sangre en abundancia engañando así a sus verdugos hasta hacerles creer que estaba muerto, sólo era un rasguño, dedujo el fugitivo tras palpársela con cuidado.

Otro golpe de mar hace temblar el buque. A Wolfgang Crammer se le cae al suelo su botella de aguardiente. Ajeno a lo que sucede en la bodega, el capitán, asistido por dos marineros de su confianza, lucharía arriba por mantener el rumbo de la nave y evitar aproximarse demasiado pronto a los peligrosos acantilados británicos que ya no podían hallarse muy lejos. Un soldado, demudado por los vaivenes de la embarcación, le ruega al anciano que le permita dar un trago. Entretanto, el médico ha terminado de curar y vendar de nuevo el brazo de Stephan. También éste le pide a Crammer un poco de su aguardiente para liberarse así del tremendo dolor que siente en todo el cuerpo.

—Bebe, muchacho, bebe —le invita el viejo marinero apiadándose de él.

Enseguida vuelve a caer en un profundo sopor, pegajoso e intolerable como el anterior. Cuando despertó, lo primero que sintió fue una enorme carga sobre todo su cuerpo, una pesada losa que le impedía moverse. Aterrorizado, pensó que era el cuerpo sin vida de Elías, su vecino y amigo, quien había tenido la ocurrente idea de

participar en aquel levantamiento de Cassel. Llegó una mañana a su casa, cuando su madre estaba a punto de servir la comida. Elías, con sus mejillas sonrosadas de muchacho sano, lo sacó afuera con una excusa y, en cuanto se hubo sentido al abrigo de miradas indiscretas, extrajo del bolsillo un papel impreso.

—Lee —ordenó a Stephan.

Era una proclama de Wilhelm von Dörnberg, un ex oficial prusiano que se había visto obligado a entrar al servicio del ejército westfaliano con la Paz de Tilsit de 1807, dos años antes. Dörnberg habría preferido mil veces continuar a las órdenes de Federico Guillermo III, a quien había jurado fidelidad de todo corazón, al contrario que a Jerónimo, el monarca sobre el que recayó la corona de Westfalia. Stephan y Elías también habían jurado fidelidad al monarca prusiano en una singular ceremonia a la que asistieron algunos jóvenes de los alrededores y en la que no faltó de nada, ni crucifijos ni sangre para sellar el compromiso. A Dörnberg no le fue mal del todo en tierras westfalianas, prueba de lo cual es que en febrero de 1808 le ascendieran, pasando a tener bajo sus órdenes un número considerable de hombres. A pesar de ello, en los círculos patrióticos de Cassel, en los que Stephan y su amigo participaban de vez en cuando, corrían rumores bien fundados de que el odio del oficial contra aquel reino ficticio inventado por Napoleón crecía a medida que pasaba el tiempo. Desde que obtuvo el ascenso, Dörnberg rumiaba la posibilidad de alzarse en armas al frente de su batallón, aunque su plan no adquirió perfiles concretos hasta que la guerra entre Francia y Austria, en la primavera de 1809, se convirtió en una sólida posibilidad.

La proclama que Elías llevaba consigo demostraba que Dörnberg había llevado a cabo sus propósitos. Desde primera hora de esa mañana era un militar sublevado contra el rey Jerónimo. El oficial reclamaba el apoyo de todos los habitantes de Westfalia para ocupar Cassel y hacer prisionero al hermano de Napoleón.

—Están luchando en torno al palacio, en las mismas narices del impostor. ¡Vámonos para allá! —le rogó con vehemencia Elías en cuanto Stephan acabó de leer la proclama.

Stephan dudó. Desde que años atrás creciera la presencia de los franceses en la zona, Elías y él fantaseaban con que hacían la guerra contra los ocupantes. De los juegos infantiles habían pasado a algunos actos concretos de rebelión, como su participación en reuniones clandestinas de patriotas o el juramento de hacía un tiempo.

—¡Vámonos! —repitió Stephan, advirtiendo en la voz de su amigo un tono sombrío que quiso pasar por alto.

Entró en su casa para comunicar a la familia que se marchaba. Sus padres, sentados a la mesa, le miraron estupefactos. El padre intentó detenerle haciéndole ver los peligros de tal acción, pero Stephan, poseído por el fragor de cañonazos que creía oír en el palacio de Cassel, se reveló contra la voluntad de su progenitor y se marchó con Elías a lomos del caballo conseguido por éste.

Aquella sombra plomiza que paralizaba sus miembros con una fuerza desconocida había vuelto, y este amanecer —Stephan sabía que estaba amaneciendo por la luz que filtraban los ojos de buey— tornaba a sentirla sobre todo lo que él era. Por un momento pensó que Elías, con quien había pasado muchas noches a la intemperie o durmiendo sobre paja fresca en algún establo, estaba otra vez con él. Era incómodo pernoctar cerca de su vecino, pues tenía la costumbre de ocupar el espacio del que yaciera a su lado. Con frecuencia, en esas noches que ambos jóvenes habían pasado fuera de casa en algunas de las correrías para las que Elías siempre encontraba un motivo, Stephan se había despertado con una pierna o un brazo o el cuerpo entero del muchacho sobre él. Bastaba en aquellas ocasiones con empujar al durmiente para que éste se diera la vuelta y dejara libre a su prisionero. La noche del cementerio, sin embargo, Elías no se movió. Continuó sobre Stephan como si deseara poseerlo hasta el final de los tiempos.

Stephan recordó que se había quedado inmóvil un rato incalculable debajo de aquel cuerpo querido y perdido para siempre, protegiéndose con él y notando que el calor se marchaba poco a poco, sin que él pudiera hacer nada para retenerlo. No comprendía nada, como tampoco ahora, medio dormido aún, salvo que por alguna extraña razón había sobrevivido al fusilamiento. A su alrededor no se oía nada. Estaba en un cementerio próximo a Cassel, y pronto vendrían a enterrarlo, a él, a su compañero Elías y a los demás. Stephan se deslizó con sumo cuidado por

debajo del cadáver sin atreverse apenas a respirar por temor de que los soldados regresasen a rematarle. Así, arrastrándose como una serpiente, agudizando el oído para captar cualquier ruido de peligro, llegó hasta la tapia del camposanto. Una vez allí, se incorporó, la saltó y apartó a correr enloquecido hacia el bosque que veía a lo lejos, tentador como una promesa de vida.

—No se quite las mantas de encima. Es bueno que sude —la voz le hablaba con una dulzura no exenta de firmeza.

El miedo le obligó a incorporarse para saber dónde estaba. La carga de plomo que había sentido al despertar ya no era tal: eran mantas acogedoras que daban calor a su cuerpo enfriado por las horas pasadas a la intemperie. Vio a un anciano de larga barba sentado junto a su camastro.

—¿Quién es usted? —le preguntó Stephan con voz descompuesta.

—Nadie que le quiera mal. Vivo en esta cabaña. Cuando salí esta mañana a buscar leña, le encontré desmayado delante de mi puerta.

Al ver que el fugitivo se esfuerza por hablar, pero que en un temblor nervioso de todos sus miembros se lo impide, el anciano interviene de nuevo:

—Ya me explicará. Aquí está a salvo.

Stephan se percata de que alguien le ha desnudado y lavado. El lugar huele a limpio, a una mezcla de madera y manzanas, como su casa, que cada mañana, incluso en invierno, es aireada por su madre. Nota el brazo liado en un vendaje mejor que el que se hizo junto al arroyo del bosque.

—No se toque la herida. Me ha costado mucho vendársela. Ahora tiene que descansar. Sólo así se le pasará la fiebre.

Se durmió sintiéndose a buen recaudo, confiando a ciegas en el anciano cuya voz tranquila le infundía ánimo. Durante el sueño los temores volvieron a apoderarse de él. Aun así, su cansancio era tal que no conseguía salir del pasadizo oscuro en el que unos dragones le buscaban. Muy de mañana el ruido del agua hirviendo casi le despertó, pero la familiaridad del murmullo —creyó que era su madre calentando el agua de cada mañana en el hogar— le sumió de nuevo en un sueño reparador en el que no hubo lugar para pesadillas.

No abrió los ojos hasta entrado el mediodía y lo hizo con la agradable sensación de haber dormido horas y horas. En realidad no habían sido tantas, pero es posible que la impresión de seguridad que le inspiraba el anciano, el calor

de la cabaña, las lesiones curadas y una sopa que le obligó a tomar su bienhechor hubieran alargado las propiedades maravillosas del descanso. La fiebre, además, había desaparecido, aunque el brazo se le había hinchado mucho.

Llovía y hacía frío. Aquella primavera estaba resultando más fría de lo normal. Stephan se incorporó de la cama para mirar con detención el cuarto en que se hallaba, una estancia pequeña que incluía todo lo necesario para una persona: una chimenea, varias alfombras y sillas, dos pequeñas estanterías y una mesa de roble, sin olvidar la cama en la que descansaba él y una mesita de luz al lado. Había incluso sitio para adornos, como la cabeza de ciervo sobre la puerta de la entrada o un pequeño óleo encima de la mesa. A Stephan le llamó la atención el orden que reinaba en la habitación, un orden que resaltaba la pobreza del mobiliario. Bajo un banco de madera divisó sus botas, limpias como por arte de magia. Su camisa, rota tras haberle servido para un vendaje, y sus pantalones colgaban, secándose, no lejos de la chimenea.

No había señales del anciano. Stephan vio un crucifijo de madera y una biblia usada, modestas ambas piezas al igual que el resto de los enseres de la casa. La presencia de esos dos objetos, sin explicarse a ciencia cierta por qué, reavivó en el fugitivo los temores de la noche anterior. Calculó que habrían pasado unas quince horas desde el fusilamiento y su posterior huida. Los soldados estarían buscándole por los alrededores, siguiendo el reguero de sangre que quizás había dejado. Una debilidad extraña se apoderó de él, haciendo desaparecer como por ensalmo las virtudes del descanso. Tenía que vestirse y huir. Quién sabe si el amable anciano que le había desnudado y curado no estaba dando parte en ese instante a las autoridades, o si no habría caído en mano de sus verdugos, los cuales le obligarían a confesar si escondía a una persona en su cabaña.

El ruido de unas pisadas llegó a oídos de Stephan. Un segundo después la puerta se abrió en mitad de un profundo crujido de madera, y el anciano apareció ante los ojos de Stephan. El hombre le saludó con cordialidad y, apercibiéndose de los temores del muchacho, le repitió que estaba a salvo allí, al menos de momento. En cuanto entró y dejó unas cosas sobre la mesa, le rogó que le contase lo ocurrido. Stephan, incapaz de razonar por el miedo y la debilidad, pensó que no le quedaba

otra salida que confiar en el dueño de aquella cabaña y le narró resumidamente su historia.

—Las proclamas de Dörnberg llegaron hasta aquí hace unos días, o, mejor dicho, hasta el pueblo en el que he estado hoy —dijo el anciano cuando su huésped terminó de hablar—. Como siempre, llegué temprano, apenas amanecía, y me encontré con varios ejemplares en la plaza. Supongo que las autoridades los harían desaparecer pronto, si es que antes los incautos no se los llevaron—. Dando unos golpes en la cama, enfurecido de repente, concluyó—: ¡Cuántos inocentes como usted no habrán picado! Dörnberg se ha salvado, y mire usted y los demás...

Se retiró unos pasos de Stephan para reavivar el fuego. Cogió un tronco y lo colocó con cuidado en la chimenea. Las llamas iluminaron la cara del hombre, acentuando las sombras que había en ella y sacando destellos a su barba. Después, viendo que el fuego ardía, el anciano se puso en pie y fue a sentarse de nuevo junto al herido, quien esperaba en la cama a que el anciano continuara hablando de Dörnberg. Pero el hombre parecía cansado del tema y no añadió más. Cambió con brusquedad de conversación y le preguntó algo importante que aún ignoraba sobre el muchacho:

—No me ha dicho cómo se llama.

—Stephan Büol. Soy de Mehring, cerca de Cassel.

—Conozco el lugar. Está a diez kilómetros de la ciudad y a veinticinco de aquí. Anoche huyó en la dirección contraria. Hizo bien, porque a su aldea es adonde primero irán a buscarle —agregó el anciano—. Soy Mathias Hoffman. Vivo en esta cabaña desde hace quince años.

El hombre, queriendo tal vez distraer al fugitivo de la congoja que le embargaba tras su confesión, le contó que había sido pastor durante la mayor parte de su vida, hasta que un buen día decidió retirarse al bosque y vivir de sus propios recursos. Cazaba, pescaba en un lago de los alrededores, cultivaba un pequeño huerto, criaba gallinas y otros animales y, en suma, no necesitaba para nada a los demás seres humanos. Cada dos o tres semanas iba a los pueblos cercanos para vender algunos productos de su minúscula granja o piezas de la cacería, así como para adquirir las cosas que precisara. Acababa de regresar de la aldea más próxima,

a ocho kilómetros, sin que se hubiera enterado de nada sobre la desaparición de Stephan.

—No le engañaré, joven. Si los soldados le buscan con empeño, quizás lleguen hasta aquí, pese a que esta cabaña se halla lejos del camino real —prosiguió Mathias Hoffman con voz grave—. Debería de marcharse cuanto antes, aunque tampoco hay que apresurarse demasiado. No le convienen los esfuerzos excesivos dada la herida de su brazo.

El anciano se levantó y se dirigió al otro extremo de la habitación. Se detuvo junto a una alfombra de color indefinible, la retiro y manipuló algo con los dedos. Al cabo de unos segundos, la madera crujió y se levantó empujada por Mathias.

—¿Puede venir hasta aquí? —le preguntó el anciano.

Stephan asintió con la cabeza, abandonando la cama y yendo al lugar donde estaba agachado el hombre. Cuando llegó allí, descubrió maravillado que debajo de la trampilla había unas escaleras.

—Construí este sótano aprovechando un hueco natural. Hasta ahora sólo me ha servido para almacenar alimentos, pero es lo bastante grande para ocultarle a usted. Estaremos ojo avizor. Si vienen, se mete enseguida aquí abajo. Pondré adentro pieles y provisiones por si el encierro durara más de lo previsto.

Mathias miró la chimenea y, constatando que todavía estaba colgada parte de las ropas de Stephan, le dijo que todas sus cosas habían de desaparecer en el diminuto escondite.

—Si me descubrieran, seríamos dos los fusilados. Esta vez no habría escapatoria, ni para usted ni para mí —le recordó Stephan con la cabeza agachada para que Mathias no se percatase de que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Por mí no se preocupe. Ya he vivido bastante —respondió el anciano. Esbozó una sonrisa antes de añadir—: Seremos más listos que sus perseguidores.

Una ola hace trepidar por enésima vez el barco. Con la embestida se le derrama al médico la sopa. Pide a uno de los hombres que le acompañan que incorpore al muchacho, cuya fiebre ha bajado en las últimas horas, no así la hinchazón del brazo. Stephan ahoga un quejido mientras es levantado del catre por un fornido ex soldado.

—El dolor es buena señal, señal de que el brazo vive —le dice Moritz.

Desde hace un rato llegan al interior del barco, inconfundibles, los graznidos de las gaviotas, lo cual indica que la tierra se encuentra cerca. El buque, aunque zarandeado por robustas olas como la que derramó la sopa hace un instante, navega ahora tranquilo, libre de los vaivenes que lo han azotado durante toda la noche.

—Tendrá que conformarse con lo que ha quedado de sopa —le anima Jahn—. Le vendrá bien algo en el estómago.

Stephan, en lucha desde hace horas contra la fiebre, siente la misma debilidad que aquella mañana en la cabaña de Mathias Hoffman, aunque también una sensación semejante de seguridad. Se toma animoso el caldo que le ofrece el médico, a pesar de que no tiene ganas, sólo por corresponder a una persona que tantas atenciones le ha dedicado durante la travesía.

La escotilla que comunica con cubierta se abre y da paso a un marinero con las mejillas rojas de frío. Los hombres de allí abajo, los que no duermen, se ponen de pie al unísono para preguntar si ya están llegando. El marinero les anuncia que en cuestión de una hora desembarcarán, siendo acogidas sus palabras con júbilo por los presentes, hombres de tierra mareados por las mecidas de toda la noche. Wolfgang Crammer se despierta con el alboroto, pero comprendiendo cuál es la causa vuelve a dormirse enseguida, no sin antes murmurar entre dientes que él ya había vaticinado que se trataba de una simple tormenta, sin motivo alguno para el miedo.

Moritz y Stephan sonríen al observar la actitud del anciano y la alegría del resto de sus compañeros. El marinero les invita a subir a cubierta para que contemplen cómo se aproximan al puerto y se adentran en él. Stephan quiere irse también, pero un repentino mareo le impide levantarse solo. El médico, además, le detiene recordándole que ha de cambiarle de nuevo el vendaje.

—Salvará el brazo, aunque habremos de seguir con la cura cuando desembarquemos.

El aludido suspira aliviado. Anoche, las miradas preocupadas de Moritz Jahn a su brazo le hicieron pensar que quizás tendrían que amputárselo en cuanto pusieran pie en tierra. El médico torna a lavárselo con un líquido y le coloca al

acabar una nueva venda, tras lo cual le anuncia al herido que ya puede subir a cubierta si los mareos se lo permiten.

—¿Habrá alguien esperándole? —pregunta, ayudando a Stephan a ponerse la camisa que Mathias Hoffman le dio cuando partió de la cabaña en dirección a un puerto del norte.

—No, a nadie le he dicho que vengo en esta nave —contesta el muchacho.

Calla abruptamente. De repente ha caído en la cuenta de que nadie de su familia sabe que ha sobrevivido a los dragones. Sus padres recibirían pronto la noticia de que escapó si, como Mathias Hoffmann supuso, su pueblo fue el primer lugar en el que le buscaron, pero ignorarán si su hijo ha logrado salir adelante o si aún está oculto en algún lugar del bosque. En cuanto a sus parientes de Gran Bretaña, ni siquiera conocerán todavía que se unió al levantamiento de Dörnberg y fue condenado a muerte. A lo mejor ni habrán oído de Dörnberg. El médico le ofrece su casa hasta que reúna las fuerzas para emprender el viaje de unos cuarenta kilómetros que separan el puerto de la aldea donde vive su tío. Stephan acepta agradecido.

—¿Aún piensa enrolarse en la legión del Duque? —inquire el médico ayudándole a subir a cubierta.

Stephan se gira hacia Moritz Jahn, le aprieta amistosamente el brazo y sonrío de oreja a oreja.

—¿Para darle otra oportunidad a los dragones? Ya la tendrán sin que yo se la sirva en bandeja.

En cubierta los dos hombres son recibidos por una bandada de gaviotas. Uno, el más joven y demacrado, se apoya en el otro, con mejillas sonrosadas y aspecto feliz por poder respirar de nuevo el aire fresco.